





# LEXICÓN



Mario Páez

# LEXICÓN



Primera edición: julio de 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Mario Páez

ISBN: 978-84-18828-48-5

ISBN digital: 978-84-18828-49-2

Depósito legal: M-20782-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*ATó*





Ilmo. Sr.: Para ocupar la imaginación,  
me dediqué a pintar un piego de quadros de  
gabinete, en qe. he logrado hacer observacios. a  
qe. regularmente no dan lugar las obras  
encargadas, y en que el capricho y la invención  
no tienen ensanches.

GOYA,  
*Carta a Iriarte*

Destas novelas que te ofrezco, en ningún  
modo podrás hacer pepitoria, porque no tienen  
pies, ni cabeza, ni entrañas, ni cosa que les  
parezca.

CERVANTES,  
Prólogo a *Novelas ejemplares*

Por ahí se va del mundo diario al otro extraño.

CERNUDA,  
*Ocnos*

Non digas textos.

(Dicen en Finisterre cuando hablas por hablar)

## ¿DEDICATORIA?

Si a mecenas no ha sentido  
para almuerzos la alabanza  
que diese a mi pobre panza  
y a mi bolsa el contenido,

novelo para mí, entretenido,  
velando a solas mi holganza  
sin afán de flandeslanza  
ni a renta comprometido.

Si un noble desconocido  
que como a la antigua usanza  
me valiese en su privanza,  
quedaría agradecido

al que es conde escondido  
que me diese la libranza  
para lograr la pitanza  
y no estar tan desvalido.

Al no encontrar ni un par ido  
que pague la vana gloria,  
ni siquiera un bien nacido  
que quiera pagar la historia,  
con este ya me despido  
sin poner dedicatoria.

## AL CRÍTICO

A Páginas, Don Comentarios,  
por no dejarlas cojitas,  
les calzas al pie mil citas  
de saberes literarios

Con tu tono autoritario  
y tus notas eruditas  
conviertes en un calvario  
el más simple silabario  
con tus letras menuditas.

Con tu letra diminuta  
y tu hablar tan lapidario,  
tu culto vocabulario  
la de citas la reputa  
lenocinio y lupanario.

Con caprichoso criterio  
de tu docto magisterio  
le insertas números varios  
al texto como emisarios  
y, cual beata en rosarios,  
al pie descifras misterios.  
Con cifras tan volanderas  
como aves entrelineadas  
ensucias mis parrafadas  
con palomas mensajeras.

Con tantas enredaderas  
de reputados doctores,  
complicas a mis lectores  
concitando tus lumbreras

pues basta que escriba eras  
para que siembres tu trigo  
mofándote de mi ego,  
y hasta donde firmo Diego  
has de cosechar tu digo.

No manches mis renglones  
con llamadas voladitas  
que estoy hasta los  
de las glosas que suscitas  
y de las explicaciones  
de los pies en que cogitas.

Deja limpia mi novela  
de tus citas y opiniones.  
Ni pie, ni entierro, ni vela  
te doy para tus lecciones.

Y abusando del quebrado  
que sin fondos, es sabido,  
hace pie,  
con un verso acentuado,  
te digo ya enfurecido:

Lee y *callaté*.

*Del comienzo de una de las  
intentadas novelitas de don  
Diego Orjales, II Barón de  
Valdesangil.*

## AGUDEZAS

*Aprovechando ese pie  
que termina los de Al Crí  
léanse también así,  
igual que su callaté,  
los versos que van aquí,  
pues aunque yo no los tildé  
como el osado don Die,  
en otra forma no ri.*

Puse mi cuerpo en obtu  
mi brazo puse en re.  
En mi mano la nove  
el libro se puso agu.  
Reclinado en una hama  
al fresquito de la hue,  
a la sombra de la higue  
fui pasando el vera.  
Medio ju y medio ago  
entre cuentos y pala.  
Y ahora que ya es oto  
en alma y en almana  
me llevo el libro a la ca  
y con él me río un po.  
El cuerpo se pone lla  
y el sol en el horizo  
y no sé cuál es la ra  
para decir que se po  
cuando al ponerse se va.  
Son los enigmas de Ra  
de los antiguos egi,  
conocido dios del so,  
estrella que escrita así,  
usada como prefí,  
se convierte en un adve  
que potencia al adjeti  
y es también preposi  
que indica debajo de.  
Ya dice la Acade  
que usada como interje  
para las caballerí.  
Entre mantas abriga  
en la cama me acomo  
y cuando en el cielo la lu  
empieza a cambiar la fa  
me va venciendo la no.

En llegando la madru  
mis brazos pierden la fue.  
Acabando un capítu,  
para no perder la pá,  
pongo en el libro una se.  
Igual que le pasa a Cá  
con las copitas de opo  
mientras lee el dicciona,  
lo mismo me pasa a mí,  
que antes de quedarme do  
empiezo a escuchar el si.  
Ya se me cierran los o.  
Para seguir la nove  
mañana será otro dí.  
Como dice el Quijo  
por boca de Sancho Pa  
en versos de cabo ro,  
pongo pies en polvo  
siguiendo al de Villadie  
que va siendo mucha ho  
de rendirse al dulce sue.  
Dejo ya Lexicó  
en la mesilla de no  
hasta que llegue la auro  
para tomar el café.  
Volviendo al escude,  
a tiempo una retira,  
como todo el mundo sa,  
equivale a una victo.  
Y como dice Cerva  
al hablar de Celesti,  
soy de la misma opinio  
que siendo un libro divi  
no puede evitar lo huma.

## T A S A

Yo, Hipólito Valero Vidaurreta, dador de fe, liquidador de arbitrios y otros brebajes, nieto y chozno de escribanos, memori6n indiscutible por la casta y por el galgo, compadre de maletillas de alpargata y compa6a, asiduo de las tabernas y las casas de ba6os, puntual en las de citas, corregidor de corpi6os, catador de a6adas, tenorio empedernido, tenor de reja y zarzuelilla, doctor en hospitalarias caderas, lector de las Sorbonas y de otras ediciones y tiradas, antiguo canonista entre Comillas y Santiago, frustrado novillero por culpa de la decencia y la maldita miopía, falta de mano izquierda y ser fall6n con los aceros, entendido en bastardas y cursivas y escrituras civiles, en mi condici6n de notario, a ti lectorcillo ajeno, en esta tasa te aviso que el se6or Marpal obtuvo privilegio para vender este libro al precio que considere, el cual deberás pagar al contado en moneda de curso sin que te sea lícito leerlo de bicoca so pena de ser considerado un caradura, pasando de considerado a ser tenido por un guripa merecedor de las matracas, y así ordeno poner esta tasa en cada volumen que salga de la imprenta, prohibiéndose toda edici6n que vaya sin mi sello hasta el día en que pase al público dominio.

**El silencio es oro.** La palabra es plata. Punto en boca. Al buen callar llaman Sancho que es nombre de rey y habiendo rey labio mordido. Hablen cartas y callen barbas. Un limpio nunca habla. Hablan sin hablar novios y mimos, pucheros y miradas, muecas y morros, guiños y ceños, ojos a cuadros, tontas a locas, campanas a rebato, moros en la costa, pasos de ángel, cejas subidas, bocas abiertas, hombros alzados, codos con codos, pelos y señales, tendales y ropa tendida, pitos y pañuelos, clarines y timbales, humos y tambores, faros y abanicos, banderas rendidas y astas a medias, índices en labios, lenguas de sota, suspiros y silbidos, puntos y rayas, señeros y sordomudos, melones con escritos y papagayos de pluma. Picos dorados abran cadabra. Hablemos en plata que tipos de molde no son de palabra. Hablemos de hilván como los sastres y a borbotones como las costureras. Lenguas de trapo. Hablemos a chorros y si sale copia será plagiar y si no será abundancia y de la abundancia del corazón habla la boca. Anzuelo de pez, sedal de moscas. Hablemos a nuestro aire y no al viento que se las lleva. Hablemos en plata. Hablemos al fin. Hablemos sinfín y sin principio como hablan los cuentistas y las gentes de feria y cofradía. Bocas de ganso. A voz tomada y al murmur. Chis que te chis. Juntemos palabras que Dios las cría y, si al principio era el verbo, hágase ahora la palabra. Que la palabra abra el cuento. Vayámonos de la lengua, que hablar por hablar da añadidura y eso a mí me viene al caso aun siendo cosa de buey.



## AL VAGO LECTOR

Podrás ver en Lexicón,  
por extensión Diccionario,  
que tiene cuentas Rosario  
y sentidos Acepción.  
Verás después de Extensión  
que Extenso da vasto,  
y si das en ver Abasto  
verás que da provisión.  
También es Cuenta razón  
si caes en ella con tiento  
y la darás de este cuento  
si lees con atención.  
Tiento es pulso y consideración,  
tacto en el trato y sentido.  
Quizá sea Pulso un latido  
quizá una competición.  
Los sentidos de Acepción  
pasan de cinco a millares  
y hasta en algunos lugares  
hacen de un Cuento un millón  
Sentidos son dirección  
y domicilios son señas,  
si en estas letras te empeñas  
tendrás gusto y no aflicción.  
Santo y Señas consigna son  
para cualquier centinela  
y con esta cantinela  
me irás dando la razón.

Termino con Provisión  
palabra que, bien mirada,  
tiene letra apalabrada  
y cumple la obligación.  
Empéñate porfiado,  
lee el cuento con tesón,  
y así sabrás al contado  
lo que cuenta Lexicón;  
aunque doy por descontado  
que, aun con obstinación,  
si me lees por fiado  
me arruinas la edición.  
Este verso en relación  
quiere explicar ese Vago,  
pues si Lexicón es mago,  
todo vago, en mi opinión,  
puede ser un ocupado  
o un ocioso sin empleo  
y a ninguno le hago un feo  
si digo indeterminado.  
Entiende así el titulillo  
que si eres indefinido,  
por serme desconocido  
con *vago* nunca te humillo.  
Con *vago* no te hago ultraje  
aunque tampoco te halago,  
hagamos aquí un amago  
dejemos ya este engranaje,  
bebamos en tregua un trago  
que ya empieza el personaje.

**La palabra es acogedora**, pero como nadie me lo impide y aun poniéndome a escribir razón no me falta, sin más vueltas digo que esta buhardilla es recoveca.

Por este lado, que es este, al despuntar el día entra la luz a raudales desde que, no hace mucho, se abrieron en el tejado dos ventanas que miran al cielo a la altura de un hombre y una mano en alto. La antigua claraboya se llevó al agua del otro lado y ahora traga luz flotando por el techo del desván donde se guardan los trastos viejos que perdieron el sentido.

Tales ventanas, como aquellas de las cámaras a popa de las fragatas a vela, tienen arriba y abajo unas varillas ocultas en el dobladillo de las cortinas de gusanillo que se encogen a la luz y se cierran al despliegue de la siesta, dejando la buhardilla queda y como al paio.

Al declinar el día, la oblicua colocación del ventanal, que no está abierto en vano, le hace al caso a la mecedora que me invita a la música de la vieja radio de capilla y a mirar las estrellas cuando el reuma me ataca sin cuartel ya que, aun viéndolas, me alivian el dolor.

Aquí estoy, ya trasto viejo y a teja vana, en esta camilla repleta de papeles que escapan de lo habitual. En esta mesa atiborrada de notitas arrugadas que espero que a mí se me vayan manifestando. Mesa sin cabecera, de descanso y braserillo que, por lo redonda y ocupar el centro de este ático y mi cotidiana atención, se da aires de perfecta.

Ocupado en estas cuartillas, echando pliegos al cordel de forma lisa y llana como versos de ciego, ancho de cuerpo y de conciencia que ya no estoy yo para estrecheces, escapándome a estas alturas para contar estas fábulas que, como comprobaréis, no son más que hablillas de borrajas.

En esta locura que cura mi soledad, dándole cuerda al tiempo y rienda a la pluma, sin soltarla mucho que a esta antigua Parker le da por hacer correr la tinta y hay que atajarla y con el lápiz a mano que ya se sabe que no es tan acelerado para irse por los cerros y más propio para sacarle punta y para meterse en dibujos.

Sin más ceremonia, con tal de ir abriendo las hojas que siguen, iréis viendo lo que por mi mano y mi capricho va saliendo de las notitas que mi padre, con su pequeñísima y endemoniada letra, fue amontonando en su cartapacio rojo y en una urna de cristal en la que, en su tiempo, yació encerrado un san Felicísimo itinerante que nunca fue llevado a la siguiente casa en el orden parroquial, que era la de las Lemas, por la increíble creencia de la abuela Julia de que el obispo la miró mal una noche en la que no le puso la mariposa.

La abuela está convencida de que el santo le echó mal de ojo y de que es el culpable de que, desde ese día, se le caigan los flanes. Por eso hace muchos años que lo tiene condenado a permanecer en su túmulo, de espaldas y en pie, encajado entre las sábanas y puntillas de su armario hasta que le devuelva el don de que no se le desplomen. Hoy, tantos años ya, pese a lo magnífica repostera que es, lo sigue intentando con el juramento de que el clérigo ha de quedar sin descanso mientras no levante la maldición.

Esto de que a la abuela se le caigan los flanes nadie lo entiende, ni siquiera Didí con todo su golpe de repostero del Elíseo. *N'est pas possible*. La caída de los flanes es un misterio que nadie puede explicar, pero el caso es que se caen. A veces pone el santo de cara en el armario, pero el flan sigue cayendo y no hay semana en que no lo disfrace de natillas que, en los días de fiesta, convierte en corona de novia cubriéndolas de caramelo.

Mons, perro faldero, se acurruca al lado de esta camilla mano sobre mano y sobre ellas el hocico como tristón. Mons es perro canijo, dorado, de pata levantona. Alguien dijo que parece darla a besar como si él también fuese un obispo por lo que lleva en abreviatura su nombre de prelado. Tiene un tic en el ojo izquierdo que guiña una y otra vez y no lo mires mucho porque acaba con-

tagiando. Ahí está relamiéndose tras matar el gusanillo con el café con leche y pobre de mí como no lo tenga a su hora. Ahí, dándose bombo, dormitando junto a las faldillas que ya van pidiendo la brasa. Ahí está Mons, siempre faldero, al lado de los cuadraditos de cretona a juego con las cortinas que separan la buhardilla del otoño que, otra vez, ha vuelto con sus anaranjadas hojas andarinas.

De alguna manera hay que encauzar la soledad y para aliviarla en las tristes tardes del invierno me he puesto a ordenar estas notas tratando de que estén en solfa, mezclándolas con mis recuerdos aun a riesgo de ponerme en ella, procurando divertirme al concertarlas aunque solo sea con cierto orden porque no soy hombre de batuta capaz de sinfonías ni de concierto que dore mi prosa. Si consigo o no ordenarlas por mí pueden decir misa, que yo conmigo voy matando el tiempo en legítima defensa ya que también él me va matando. Y avisados estáis, y el aviso no es manco, de que no tienen pies ni cabeza ni entrañas ni cosa que les parezca, así que no intentéis la pepitoria porque no se cocerá.

**Sabed que mi nombre** es Ramón Marpal y que, por caprichos de la fortuna, poco después de no creerme capaz de alcanzar a la paloma, fui a dar con mi infancia a la que aún hoy es conocida como casa de Caneiro.

Agustín Marpal, mi viudo padre, célebre en Santa Marta y en los aledaños que la envuelven dada su facilidad para las coplillas y su inclinación a las cenas a las tantas, había muerto de raras fiebres de las que nunca llegué a saber y eso que ya voy sesentón.

Dicen que su muerte fue breve por aquello de quién te lo iba a decir y de la noche a la mañana. Cuentan que en su funeral se recordaron *poetivas* que había ido regalando. Es seguro que con tal motivo no faltó el jolgorio entre los de su cuerda, que siempre hay que respetar la voluntad de los difuntos, y mi padre era de los que cumplían la costumbre de dejar arreglada la penúltima. Según me fui enterando, aunque la tenía floja para trámites y ejecuciones, la ejercitó animosa para los asuntos cuya resolución era una simple cuestión de tiempo.

A mayores de su contabilidad en el asilo, tenía por oficio, según se puede ir adivinando, el anémico de procurador de los tribunales del que resultó una corta herencia universal y no por legítima menos corta, claro está que *abintestada*, consistente en la zanfoña que luego desmontó el tío Abdón, que a veces era Ab y a veces era Don, de la que queda la caja de laúd, el manubrio, el mástil sin teclado y el clavijero con una cabeza barbada que se me antoja de rey godó; una viola antigua, de las de amor, con efes y roseta, barbada de las de apoyo y cabeza de mujer que se me antoja patricia de las que aprietan las clavijas; su flauta travesera y un oboe de llaves de alpaca que tocaba de boquilla porque siempre le faltó la caña a la que llamaba estrangul; cuatro cuartos que así es cuando son pocos; algunos sobres lacrados con sus sellos de otros tantos de la reina

Isabel matados por la parrilla, la araña y la rueda de carreta que tengo enmarcados en esta buhardilla junto al cuadro de las siluetas del abuelo, que era Ab y era Don, y al documento de excarcelación del irlandés con su sello de Victoria heredado de la tía Erundina, único de su colección que no era de las colonias y único que se salvó del cuño de la contribución cuando le dio el arrebato. Completan la herencia un amadeo que mi padre envidaba en sus partidas al jugarse el resto expuesto en un atrilito en la vitrina del salón junto a otro con un dólar de plata procedente de Vida del que os hablaré si Dios me la da que dijera Covarrubias.

Terminan el inventario las historias que no llegaron a mayores, las notas del cajón de su bufete y otros cuatro muebles de algún valor de la rama de mi madre que, con el piano vertical que está en el salón con el de cola, aún cojean por esta casa con sus patas rotas calzadas de astillas: el tresillo dorado, la cómoda de castaño, una coqueta muy mirada, un velador con cajones en su tablero del que se levanta uno de ajedrez cuando quieres el atril y una consola de palo de santo que sigue soportando los *ABC* y los *Blanco y Negro* que eran de rigor en casa de mujer dotada.

Mi tío Abdón, padrino de pila, que a veces era Ab y a veces era Don, se vio obligado a convertirse en mi padre de adopción ya que a la poca salud de los Marpal que me quedaban había que añadir su soltería y avanzada edad. La abuela Carmen venía poco por aquí y Erundina ya tenía lo suyo con sus sellos aparte de sus amores tardíos y con la pobre de su hermana Concha trastornada por la flor. Por no hablar de que Remedios, la siempre sola, ya no estaba para darlos ocupada con sus trece gatos. La tía Trudy no estaba por la labor por aquello de la sangre del tío Santiago y la tía Rosario, de la parte de los López, aunque era mujer de peso, no andaba mucho en sus cabales desde que enviudó estando encinta del primo Enrique y, en fin, del tío Antonio, el otro López, no tengo mucho de qué hablar porque se largó para otras quintas. Como del resto de mi familia ya iré contando pues algunos merecerían un tratado, digamos que tras una noche de vela y café, tilas y otras infusiones,

chales de punto y otras alabanzas, me llevaron a la casa de Caneiro donde ya vivía mi tío Abdón con la organizadísima tía Pilar, para la que siempre era Don, y con la abuela Julia quien, desde la muerte del abuelo, pasaba allí la mayor parte del tiempo con su queridísima Cándida.

**Por no ser menos** que otros, diré que parto del alumbramiento de una triste primavera de un año impar porque para mí, indiscutiblemente, no habrá otro igual.

Si las cuentas no me fallan y ella no se salió, que a esto son muy dadas las primerizas, fue por un verano cuando empezó con mi gesta, entendida por lo de difícil situación pues no fue cosa de coser y cantar, aunque por entonces gustaba de ocuparse en ganchillos de patuco, mañanitas de calceta, encintar capotas y otras labores de aguja y canastilla de las que suelen abordar las mujeres en tal estado que, al cabo, llaman de buena esperanza.

Atendida la fe registral y la matriz de la partida, empezó a redondearse al cuarto de contraer y por esos días comenzaron los antojos. Así llaman con propiedad a los caprichos pues es capricho lo que del ingenio nace fuera de las reglas comunes y una vez concebido, aun sin razón, no retrocede y antojo cuando es deseo de preñada por lo que también está fuera de las reglas ordinarias y una vez concebido, si no se cumple, amenaza.

Dada mi memoria fetal puedo decir que todas las lunas llenas aparecía la sonora, gutural y autorizadísima voz del doctor que la trató, quien, aparte del propio de la obstetricia, le daba el tratamiento de *ilustrísima señora* porque lo imponía la escuela germana y porque le daba la gana ya que sus finezas acababan ahí pues cuando especulaba decía, erre que erre, que yo era un pequeño *mamífero* y un *efímero concomitante*.

En la consulta mi madre le llamaba don Von, y, en casa, *Don Vonvón*, porque, pese a no ser ya mozo, era un alemán guapísimo, de Bonn, muy premiado por sus estudios de folículos, fibromas, tumores —mi madre decía de por ahí abajo—, cesáreas, fiebres puerperales y genes dominantes que por aquellos días gozaba de su merecidísima jubilación por estas costas.



La verdad es —nadie podrá negarlo— que andaba yo entre trompa y trompa algo mareadillo por tanta vuelta y tanto grito del teutón que se resistía a dejar su oficio. Desde la primera falta supe de mi viabilidad y de los progresos de mi embrionaria vida debido al profesionalismo y también prescindible didactismo de mi parlero doctor que explicaba mi primer proceso con gutural elocuencia, erre que erre, en un castellano jergal y esquemático a través de su autoritario ojo azulón que me causó la fotofobia que me llevó a ser el ave nocturna que soy y he sido siempre. Entre tales mirares, los consejos de la Escuela de Hamburgo sobre dieta e higiene, su teoría sobre el sexo del embrión mediterráneo, siempre hembra mientras no dictaminase lo contrario, y sus especulaciones sobre amnios y placentas, fui surgiendo en aquella placentera oscuridad donde, merced a la combinación que había de recordar al llegar a la escuela cuando el mundo se enrolló en sí mismo al soltarse de la puntilla y aparecieron las ecuaciones, las letras griegas y las catorce vocales del húngaro, se despejó la incógnita cumpliéndose la excepción y supe que sería un varón mientras Von Vonvón explicaba, con todo lujo de detalles, que por culpa de una proteína, una hormona y de un dominante gen, la fecundación de una  $x$  se produjo por una  $y$ , y por una  $y$  yo tenía que ser un individuo macho y ahí empezó mi admiración por lo que pueden hacer las letras al juntarse.

En el mismo ojo tan locuaz supe que sería grande de tamaño y amigo de la noche pues, a más de ombliguesar a todas horas, habrían de parirme con luna llena y yo con cuatro mil gramos. Supe que tendría pelo trigueño por el pan de la dieta y la piel muy blanca. Cuando fue reduciéndose mi gran cerebro fetal —no mi memoria—, junto con otros conocimientos de futuras fiebres reumáticas y una díscola hernia que Vonvón vislumbraba, fui conociendo mi tendencia a la melancolía y al gusto por lo romántico, mis padeceres de miope diabético y adiós a media retina y que sería un magnífico bachiller merced a la acción de un cromosoma de rarísimo nombre que la ciencia le debía cuyo descubrimiento le robó un

maldito holandés, de mis gustos y mi inclinación a la holganza y a un café con leche —o varios— a media tarde, a la prosa y a los paseos por los bosques, debiendo reconocer que Vonvón acertó pues nunca propaló noticias falsas —o bulos, que es voz más apropiada por ser de germanía—.

Por lo demás, una vez compuestas mis piezas y no sin presentar batalla al abandonar tan agradable posición, mejor, tan placentera, vine a salir al mundo, según me contó don Rafael, por donde es lo natural un anochecer de jueves de fines de marzo, a tres días de Ramos, en medio de los tremendos gritos del galeno y de grandes manotazos, que por aquí llaman cachetes, que una gorda señora me propinó para que rompiese a llorar y en verdad que con tales golpes y las voces del teutón la cosa no era para menos pues la desesperación del alemán fue de las que hicieron época cuando comprobó, por primera vez en toda su afamada carrera, que una parturienta se atrevió a no reaccionar ante sus órdenes.